

EN BUSCA DE NUEVAS METAS EDUCATIVAS

¿POR QUÉ LOS ALUMNOS NO QUIEREN APRENDER LO QUE LES QUEREMOS ENSEÑAR?

Los alumnos están cada vez más desconectados de la escuela. Aquí se analizan algunas de las causas, pero también algunas estrategias para fomentar una mayor implicación de los estudiantes.

Juan Ignacio Pozo

Una escuela cada vez menos motivada

Una de las condiciones más perturbadoras para la enseñanza y aprendizaje en el aula es la falta de interés de los alumnos por lo que estudian o se supone que deben aprender. Tienen razón los docentes cuando se lamentan de que es muy difícil enseñar a estudiantes desinteresados, que no se esfuerzan ni se implican en las actividades. Y a juzgar no sólo por la impresión de los profesores sino por numerosos estudios, cada vez es más frecuente o más común que no se interesen o no quieren aprender. Pero si escuchamos a los propios alumnos, sin duda nos dirán que tienen buenas razones para desconectar de un sistema educativo cuyos intereses, a su vez, sienten muy lejanos y que no se ocupa de lo que ellos viven como sus verdaderas inquietudes en esos momentos. Pero no son sólo ellos quienes se sienten desmotivados en la escuela, muchas veces también los docentes pierden la fe y las expectativas en su trabajo al comprobar que no logran que sus alumnos se impliquen y aprendan, al vivir en aulas cada vez más conflictivas.

¿A qué se debe esta desconexión creciente entre la escuela, los estudiantes y los profesores? ¿Y qué podemos hacer para que los intereses de profesores y alumnos no sólo se aproximen, sino conecten entre sí?

En este artículo se esbozarán las causas de esta desconexión de los alumnos, especialmente en los últimos años de la educación primaria y en la secundaria, con una escuela que no ha evolucionado, en sus conteni-

dos y formatos de enseñanza y aprendizaje, al ritmo de los cambios sociales habidos en la gestión de la información y el conocimiento, al tiempo, que, en su afán comprensivo, ha intentado incluir a alumnos antes excluidos, pero sin ofrecerles alternativas cuando muchos de ellos carecen de las metas académicas que sostenían la escuela tradicional.

Pero además de intentar comprender las razones de esa falta de motivación el artículo incidirá, sobre todo, en posibles estrategias para fomentar una mayor implicación, que parten todas ellas de una nueva manera de concebir la motivación, no como algo que está o no en el alumno, sino como un proceso dinámico que depende de las actividades realizadas, de la interacción en el aula y del contexto social que rodea la escuela. No hay alumnos motivados o desmotivados. Hay actividades y prácticas escolares que “movilizan” en mayor o menor grado sus intereses, expectativas, emociones y conocimientos. Pero no se trata sólo de identificar esas actividades y promoverlas, de trabajar contenidos y contextos que les interesen, sino más bien de usar esos contenidos y contextos para generar en ellos nuevos intereses, nuevas expectativas, nuevas emociones y nuevos conocimientos.

Cambiando los motivos para aprender

¿Por qué el problema de la desmotivación es cada vez más frecuente y más profundo? Sin duda son muchos los factores, las dolencias que afectan a una escuela, en mi opinión, cada vez más desorientada (y el resto de los artículos que componen este número especial de la revista dan buenas pistas, no sólo sobre esa desorientación, sino sobre cómo buscar nuevos rumbos que recobren el sentido social de la escuela). Pero en el caso de la falta de motivación de alumnos (y también de profesores), para desbrozar alguna de esas causas, hay que comprender primero por qué la motivación es tan importante ¿Por qué se necesitan motivos para aprender?

Palabras clave: aprendizaje, metas, motivación.

Juan Ignacio Pozo

Doctor en Psicología
nacho.pozo@uam.es

Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid.

Recibido: 27/06/18. Aceptado: 19/09/2018.

Piense usted en algo que haya aprendido, que le haya “gustado” aprender. Tal vez evoque sus esfuerzos y progresos al tocar la guitarra, en la cocina, jugando al tenis o, por qué no, intentado comprender a sus hijos adolescentes o renovando la forma de evaluar u organizar las actividades sociales en su aula. Con seguridad el aprendizaje en cada uno de esos dominios fue lento y costoso. Hay que intentarlo una y otra vez, fracasar una y otra vez para mejorar y tener la sensación de estar aprendiendo. Todo aprendizaje relevante, que merezca tal nombre, requiere práctica, esfuerzo. Nada importante se aprende a la primera, ni a la segunda. Aprender requiere afrontar ilusiones, pero también ansiedades, frustraciones, desafíos. Porque aprender implica, en esencia, cambiar, reconstruirse.

Por tanto, aprender, en un sentido verdadero, implica dedicar muchos recursos emocionales, cognitivos, sociales y por qué no materiales (tiempo, dinero, etc.). Nadie hace eso gratis. Nos esforzamos a cambio de algo. Ese algo son los motivos, o en la jerga de los psicólogos, las metas del aprendizaje, aquello que queremos conseguir a cambio de ese esfuerzo: la autoestima de sentirnos capaces de algo, el placer de dominar la guitarra, el control y la satisfacción emocional que supone mejorar las relaciones con nuestros hijos, pero también, en el caso de los alumnos, aprobar ese examen de matemáticas, entender por qué los días son más cortos en invierno que en verano o conseguir ser admitido en un grupo de juegos en el recreo.

En psicología se diferencia entre metas o motivos intrínsecos (cuando lo que queremos aprender es la meta en sí misma, lo que nos produce placer o satisfacción) y metas o motivos extrínsecos (cuando nos esforzamos no con la meta de aprender algo sino de obtener otra cosa a cambio de ese aprendizaje, por ejemplo, al alumno que se esfuerza por aprobar una materia o por estudiar inglés para tener contentos a sus padres y que le regalen ese videojuego tan anhelado, no le motivan las matemáticas ni el inglés, le motiva aprobar o conseguir el videojuego). Normalmente, cuando un aprendizaje se sostiene sobre metas extrínsecas (por las consecuencias que tiene aprender o no) suele haber menos compromiso con el aprendizaje, menos implicación, ya que no es que se quiera o haya decidido aprender eso, sino que se quiere otra cosa (conseguir un premio, o evitar un castigo), para lo cual alguien distinto del aprendiz ha decidido que debe lograr ese aprendizaje.

Por eso se dice que los motivos o las metas son extrínsecos, ya que en cierto modo son ajenos al aprendiz y a sus intereses. A diferencia de quien quiere aprender a tocar la guitarra, no es que a ese alumno le guste tocar la flauta, sino que debe tocarla para aprobar la materia de música, como les sucedía a las ratas hambrientas de los experimentos conductistas. No es que

les gustara correr por los laberintos o tuvieran afición al atletismo; tenían hambre y corrían “para” comer. Para ello el experimentador debía mantenerlas siempre hambrientas: si se saciaban dejaban de correr, porque no querían correr. Querían comer. Igual le pasa a un alumno movido por motivos extrínsecos, no quiere aprender matemáticas, o leer, o tocar la flauta, quiere superar esas materias, y una vez superadas, ya no tiene “hambre” y deja de correr, de esforzarse y, por tanto, de aprender. Por eso la motivación extrínseca produce un aprendizaje de menor calidad y menos duradero. Nos cambia menos.

Tal vez ahora se entienda mejor la crisis motivacional en la escuela actual. ¿Estaban más motivados los alumnos antes que ahora? Seguramente sí, si aceptamos que en su mayor parte sus metas eran extrínsecas, los alumnos se esforzaban por superar cursos y tener éxito en el sistema educativo. Pero no es que hubiera más motivación intrínseca, más interés por lo que se aprendía. No necesariamente les gustaba, nos gustaba, lo que estudiábamos, pero nos esforzábamos en ello porque nos habían convencido de que si teníamos éxito en la escuela tendríamos éxito social. Y, en el marco de una escuela selectiva, excluyente, quienes no creían eso o no se esforzaban por ello, eran excluidos. Pero la escuela comprensiva actual es una escuela para todos, supuestamente inclusiva, en la que la educación obligatoria se ha extendido no sólo en el tiempo, sino hasta alcanzar a capas sociales antes excluidas de la escolarización, que tienen muchos motivos para creer que, al menos en su caso, la escuela actual no va a mejorar su futuro, por lo que difícilmente se van a guiar por aquellas metas extrínsecas tan eficaces con los alumnos tradicionales. A diferencia de los alumnos elegidos de la vieja escuela, los alumnos actuales no van a correr por los laberintos del sistema educativo porque no tienen certeza de que al final de esos pasillos oscuros haya comida, riqueza social, personal o económica.

Además, la propia escuela, como institución social para la transmisión cultural —no sólo de saberes y conocimientos, sino de valores, formas de comportarse y de pensar— ha perdido buena parte de su sentido, de sus metas, ante el empuje de otros dispositivos culturales, que, en el marco de la actual sociedad de la información, llegan más fácilmente a niños y adolescentes para transmitir esos saberes, valores y conductas. Incluso los alumnos realmente interesados en aprender encuentran a través de las tecnologías de la información y la comunicación, espacios mucho más flexibles y adaptados a sus intereses que los que ofrece la escuela, con sus contenidos con frecuencia trasnochados y sus currículos rígidos y desconectados de la realidad social.

Siendo así, debemos preguntarnos –con las limitaciones y restricciones propias de un escrito como éste– qué podemos hacer para que la escuela sea un espacio en el que los alumnos se conecten con el aprendizaje.

¿Cómo motivar a los alumnos? Ayudando a construir nuevas metas

Para intentar responder a esta pregunta partiré de un caso real. Hace unos años, un grupo de profesoras me hicieron ver la dificultad de conseguir que sus alumnos de secundaria se interesaran por la genética, que sin duda forma parte esencial de lo que, como futuros ciudadanos, deben conocer sobre el mundo natural y sobre sí mismos para poder participar de modo responsable en la vida social. Parece razonable que los adolescentes aprendan genética y por tanto parece necesario que se interesen por ella. ¿Cómo podemos lograr que los alumnos se motiven para aprender genética? ¿Qué motivos pueden tener para interesarse por los alelos o la meiosis?

Hemos visto que la motivación está relacionada con las metas del esfuerzo. De hecho, si hacemos caso a la etimología, motivar quiere decir moverse hacia algo, dirigirse a una meta. ¿Cuáles pueden ser las metas de los alumnos para estudiar genética? Tal como veíamos antes, en la escuela tradicional, la meta de muchos estudiantes, gestionada directamente por sus profesores a través de la evaluación, ha sido tener éxito, no fracasar, porque el fracaso suponía la exclusión más o menos inmediata del sistema educativo. Aún hoy muchos siguen orientándose a esas “metas pragmáticas” (o extrínsecas: esto no lo estudio porque no va a caer en el examen). Sin embargo, una educación comprensiva, orientada hacia el aprendizaje, debe ayudar a los alumnos a gestionar más bien “metas epistémicas”, o intrínsecas, ligadas al conocimiento y al aprendizaje, dirigidas a responder a las preguntas e inquietudes que viven –motivar es también inquietar, romper una inercia– a dar sentido al mundo que les rodea, en suma, a reconstruir su propia experiencia personal y social.

Por eso, en contra de lo que algunos creen, no se va a lograr que estudien, y menos aún que aprendan, más genética, aumentando los niveles de exigencia. La falacia de la llamada “cultura del esfuerzo” es que da por supuesto que, a más exigencia, mayor motivación y esfuerzo por parte del alumno. Pero las relaciones entre motivación y aprendizaje son más complejas. Exigiendo más, sin ajustar esas demandas al contexto y las capacidades de quien aprende, sin reorientar las metas desde el éxito inmediato al verdadero aprendizaje, posiblemente sólo se conseguirá que desconecten aún más, que se “sientan” menos competentes y, con ello, menos interesados.

Ante esta situación, hay quien cree que la alternativa es centrarse en lo que les gusta, que motivar es hacer la clase divertida, que lo pasen bien, y así se interesarán por aprender. Según esta idea, apoyada en parte en los vaporosos principios de la psicología positiva, para que el alumno se interese basta con recurrir a formatos de presentación de la información y actividades más “amigables”, haciendo que se sientan bien y disfruten con lo que hacen.

Pero, aun siendo un punto de partida necesario, no es suficiente con centrarse en los intereses de los alumnos. No aprenderán más genética porque en lugar de un texto busquen la información en la web o simplemente por usar esos conceptos en un videojuego que les permita ir pasando pantallas. Es necesario ayudarles a construir nuevas metas, partir de sus inquietudes y sus preguntas para reconstruirlas. Parece razonable que no les interesen en principio los alelos, la meiosis, o la epigénesis, pero seguro que tienen preguntas (sobre la herencia de rasgos familiares, de enfermedades, sobre los transgénicos o sobre si son posibles los clones que han visto en una película) cuya respuesta está en buena medida en esa genética que no les interesa. A partir de esas preguntas, de esos intereses de partida, podemos ayudarles a construir nuevas preguntas, nuevas metas epistémicas, guiarles para buscar respuestas que les ayudarán no sólo a comprender mejor la genética, sino su propia genética.

De la misma forma, por tomar otro ámbito característico, si los alumnos no están motivados o interesados en leer, insistir en lecturas obligatorias de textos arcanos, por más relevantes que sean para la historia de la literatura nacional o universal (y seguro que al lector le vienen ahora a la mente unos cuantos), no incrementará su interés por la lectura sino por las páginas web, como El Rincón del Vago, donde pueden encontrar resúmenes y críticas de los libros que nunca van a leer. Pero tampoco basta con aceptar que lean lo que les guste o quieran, de quedarse en sus intereses como lectores, sino que hay que conocer esos intereses, sus gustos lectores, no sólo para partir de ellos sino para cambiarlos, para hacer que sus hábitos e intereses lectores se vuelvan más complejos, más críticos, más ricos, para que avancen hacia nuevas formas de leer, de pensar, de sentir, que, sin la escuela, para la mayor parte de los niños y adolescentes, son impensables.

Frente a la realidad de una escuela cada vez más irrelevante, hay que pensar en otra escuela, socialmente imprescindible, que ayude a niños y adolescentes a construir nuevos espacios de aprendizaje desde los que repensarse a sí mismos y a la sociedad en que viven. Decía Guy Claxton –uno de los pensadores británicos más destacados en los ámbitos de la creatividad, la educación y la mente– que motivar es cambiar

las prioridades de una persona. Pero no podemos ni debemos cambiar esas prioridades directamente. Lo que podemos hacer es diseñar actividades para que sientan la necesidad de cambiar sus intereses, de los más inmediatos o pragmáticos, aquí y ahora, a construir nuevas metas epistémicas, orientadas al verdadero aprendizaje, que trasciendan sus intereses iniciales, y así lograr que sientan el deseo de aprender genética. Porque al final cambiar las prioridades es cambiar los deseos, en este caso construir el deseo de seguir aprendiendo, también, por qué no, genética.

Para saber más

- Covington, M. V. (1998). *La voluntad de aprender. Guía para la motivación en el aula*. Madrid: Alianza, 2000.
- Huertas, J. A. (Ed) (1997). *Motivación. Querer aprender*. Buenos Aires: Aique.
- Pozo, J. I. (2008). *Aprendices y maestros. La psicología cognitiva del aprendizaje*. Madrid: Alianza.
- Pozo, J. I. (2016). *Aprender en tiempos revueltos: la nueva ciencia del aprendizaje*. Madrid: Alianza.
- Pozo, J. I. (2016). En busca de la motivación perdida: recuperando la emoción de aprender (y enseñar) [video] Conferencia, 25º Jornadas internacionales de Educación. 42º Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Disponible en Internet.

Tres películas con tres concepciones distintas de la motivación para aprender

En la película *Whiplash* puede verse de forma extrema cómo la gestión del aprendizaje desde el miedo al error conduce a que los aprendices, en este caso músicos, rehúyan la acción, pierdan confianza y autoestima.

Ante esto, tras hacer un duro retrato de la educación actual, en el extremo opuesto, el documental argentino *La Educación Prohibida* propone que la educación debe basarse en los motivos e intereses personales de los niños. Con la metáfora del jardín, la función de la escuela es alimentar, nutrir o enriquecer el crecimiento de esos intereses, no alterarlos ni desviarlos.

En cambio, en *La lengua de las Mariposas* vemos cómo don Gregorio, el maestro, es capaz de despertar en los niños intereses -que no tienen inicialmente- por medio del asombro, la curiosidad y la observación guiada del mundo. En suma, en la línea de lo defendido en este artículo, es capaz de cambiar sus prioridades para generar nuevos intereses de aprendizaje.



Películas recomendadas

Chazelle D. (2014). *Whiplash*. Estados Unidos: Blumhouse Productions

Doin, G. (2012). *La Educación Prohibida*. Argentina: Eulam Producciones

Cuerda, L. (1999). *La lengua de las mariposas*. España: Sogetel/Las Producciones del Escorpión / Canal + España / Televisión Española.